

Los «mairuac» y la tradición céltica

I. Uno de los mitos más enigmáticos del folklore vasco es el de los «mairuac». Aparecen como unas gentes antiguas y misteriosas, marginadas de las poblaciones vascas primitivas que nos han legado su recuerdo. Poseían ciertos poderes mágicos y un acervo de conocimientos prácticos que sus coetáneos trataban de sonsacarles con mañas y engaños. El «mairu» presenta, por otra parte, profundas analogías con otros personajes de la tradición vasca: el «gentil». «Mairuac» y «gentiles» aparecen vinculados a la cultura megalítica (dólmenes, menhires y cromlech se denominan frecuentemente gentil-baratzac, gentil-arri, mairu baratzac). Ambos encarnan los restos de una población todavía pagana frente a otra ya cristianizada, pero de los relatos que han llegado a nosotros no se puede inferir si tras estos nombres se esconde una raza anterior y distinta de las poblaciones vascas primitivas, ni, de ser así, en qué momento histórico coexistieron con ellas.

Tanto la referida antítesis paganismo-cristianismo, como la denominación misma de «gentiles» situarían a estas gentes en una época relativamente reciente, correspondiente a un período que va desde los comienzos de la evangelización del pueblo vasco hasta quizá los siglos VIII y IX. Es el momento de conflicto entre la sociedad cristianizada de las ciudades y la pagana del campo, momento perfectamente localizable y que seguramente en nuestro país es algo más tardío que en otras regiones más romanizadas de la península.

En cuanto al nombre de «mairu», que en vascuence actual significa simplemente «moro» (probablemente del latín «mauri») y en tal sentido es usado por Axular y Duvoisin, nos lleva a una época histórica todavía más reciente. Pero no se debe perder de vista que la mitificación del «moro» —perfectamente explicable en la línea folklórica que tiende a atribuir cualquier obra colosal o cualquier conocimiento extraño, a pueblos dominadores desaparecidos—, no ha podido producirse en el folklore vasco hasta una época lo suficientemente tardía como para que los invasores africanos hubieran tenido tiempo para pasar a formar parte de la leyenda.

Ahora bien: contrastando con esta relativa modernidad que reflejan las denominaciones aludidas, en los relatos de «mairu» y «gentiles» se detecta un trasfondo cultural y sociológico muchísimo más antiguo, en el que apa-

recen referencias al nacimiento de la agricultura y a ciertas formas de mentalidad que podrían situarse efectivamente en una época cercana a la civilización megalítica, en la zona baja que media entre el eneolítico y la edad de los metales propiamente dicha, era de transición e intercambio entre los modos de vida pastoriles y los agrícolas.

Seguramente en este mito de los «mairuac» se superponen una serie de estratos folklóricos distintos y las actuales etiquetas sólo pueden corresponder a los más recientes. Pero cuesta trabajo creer que la lengua y la tradición vasca no nos hayan transmitido el nombre genuino de aquellos seres míticos, habitantes de los megalitos y que poseían tesoros ocultos, y que ya conocían el trigo cuando *San Martinico* tenía que robarles la preciosa semilla escondida en sus botas ¿cómo llamaban los vascos a aquellas partes en aquella época?

II. Espigando en la mitología céltica se encuentran algunos elementos curiosamente coincidentes con ciertas tradiciones populares vascas relativas a «mairuac» y «gentiles». Los «gaëls» y «britones», invasores del territorio comprendido entre Bretaña e Irlanda, Cornualles y Escocia, hacen referencia en sus poemas épicos y leyendas a unas razas fabulosas, venidas de Iberia: los Fomoraigh o pueblos del mar y los Tuata-de-Danan, vinculados a la civilización megalítica precéltica, constructores de los monumentos de Stonehenge y Carnac, etc. Estos pueblos que guerrear entre sí, terminan por ser sometidos luego por los invasores celtas y, vencidos por éstos, se refugian, con su magia y sus secretos sobrenaturales, en el mundo de los dólmenes, de los cerros funerarios, de los «sidh», y en los grandes conjuntos megalíticos que pasan a ser su reino. Se convierten en seres subterráneos, habitantes de un misterioso ultramundo, que en la tradición céltica es el mundo de los «silenciosos» de los «semitacentes», que mantienen con el mundo de los vivos relaciones muy peculiares, impregnadas de tabús e interdictos. Los vivos lanzan expediciones y razzias contra los túmulos y monumentos funerarios para apoderarse de los tesoros y secretos de los «sidh», especialmente en ciertos días propicios como el de Samain (1.º de noviembre, fiesta de los muertos) en que los túmulos se abren misteriosamente a la comunicación con los vivos. Estos seres del inframundo, son en el folklore céltico los muertos; y casualmente muerto, en bretón armoricano, se dice «maru» y «maroubh» en irlandés actual. Esta raíz «maru» es frecuente en la toponimia bretona y se interpreta actualmente con ella algunos nombres que hasta ahora se explicaban más bien en un contexto religioso cristiano: los mariaquer, no sería recinto sagrado de María sino recinto de los muertos.